

# EL ALGODÓN Y LA SEDA: MUJERES AMERICANAS Y ESPAÑOLAS EN HAZAÑAS DE LOS PIZARROS DE TIRSO

JOSÉ MARÍA FERRI COLL  
Universidad de Alicante  
JM.Ferri@ua.es

## RESUMEN

Este artículo analiza diferentes funciones de los personajes femeninos en las tres comedias que conforman la trilogía *Hazañas de los Pizarros* (*Todo es dar en una cosa*, *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*). El estudio se ha realizado atendiendo tanto al contexto histórico como dramático de las obras propuestas.

**Palabras clave:** Tirso de Molina, *Hazañas de los Pizarros*, *Todo es dar en una cosa*, *Amazonas en las Indias*, *La lealtad contra la envidia*, personajes femeninos.

## ABSTRACT

This article presents different functions of female characters in the three plays that make up the trilogy *Hazañas de los Pizarros* (*Todo es dar en una cosa*, *Amazonas en las Indias* y *La lealtad contra la envidia*). This study is based on both the historical and dramatic context of the proposed works.

**Key words:** Tirso de Molina, *Hazañas de los Pizarros*, *Todo es dar en una cosa*, *Amazonas en las Indias*, *La lealtad contra la envidia*, female characters.

## *Hazañas de los Pizarros*: un fagonazo sobre su ideación

En la segunda década del siglo XVII, los descendientes del Conquistador de Perú quieren conseguir que se reconozca el título de marqués que Carlos V había otorgado a sus antepasados en recompensa a sus hazañas bélicas. El asunto se había torcido por la deslealtad de uno de los Pizarro, Gonzalo, quien anteponiendo sus intereses económicos a los de la Corona, infringió las Leyes de Indias, de manera que su estirpe perdió el favor real, al menos por dos generaciones. De los cuatro hermanos por parte de padre que habían participado en la expedición americana, tan

sólo sobrevivió Hernando, que además era el único hijo legítimo de Gonzalo Pizarro *el largo* y el que gozaba de una mayor cultura. Aquél se casó con su sobrina Francisca, hija de Francisco Pizarro, y sus descendientes continuarían la línea genealógica de la familia hasta llegar a don Juan Hernando Pizarro, nieto de Hernando y Francisca, quien, transcurrido el lapso aludido arriba, envió al rey un prolijo memorial en que solicitaba la restitución de los privilegios perdidos. Sin embargo, los hechos que afeaban a los Pizarro no eran baladíes. Gonzalo había sido degollado acusado de un delito de traición al acaudillar a los encomenderos, y Hernando vivió desde 1540 encarcelado más de cuatro lustros en el casti-

## José María Ferri Coll

Profesor de Literatura Española en la Universidad de Alicante. Ha publicado diferentes trabajos sobre la lírica española del Siglo de Oro, entre los que destacan las monografías *Las ciudades cantadas. El tema de las ruínas en la poesía española del Siglo de Oro* (Alicante, Universidad, 1995); *La poesía de la Academia de los Nocturnos* (Alicante, Universidad, 2001); y *Los tumultos del alma. De la expresión melancólica en la poesía española del Siglo de Oro* (Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, 2006). Ha colaborado asimismo en el *Diccionario Filológico de Literatura Española (siglos XVI y XVII)* (Madrid, Castalia). Junto a José Carlos Rovira, es editor del volumen *Parnaso de dos mundos. De literatura española e hispanoamericana en el Siglo de Oro* (Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2010).



Pierre-Eugène-Emile Hébert, Amazona preparándose para la batalla (1882, Galería Nacional de Arte, Washington).

El algodón y la seda: mujeres americanas y españolas en *Hazañas de los Pizarros* de Tirso

JOSÉ MARÍA FERRI COLL

1 Las relaciones entre Tirso y los descendientes de los Pizarro en su época han sido estudiadas con escrupulo por Vázquez (1984 y 1993).

2 Miró Quesada (1948, pp. 168 y ss.); Dellepiane (1952-1953, p. 50); Vázquez (1984, p. 204, p. 247, p. 256 y p. 258 —si bien en esta última página defiende el autor el «enorme margen de libertad que se reserva» Tirso, que no es «esclavo de nada»—); Souto (1988, pp. 36-37); Fernández (1991, p. 90); Torres Nebrera (1993, p. 11); Zugasti (1993, i, pp. 15-20 —aunque con matices sobre la prevalencia de la creación artística en un artículo anterior [1992, p. 131]—); Hermenegildo (1994, p. 77); Chierici (2001, p. 180). Para una revisión más extensa de todos estos argumentos, véase Ferri Coll (2010).

3 González Palencia (1946); Vázquez (ed.) (1990, pp. 44-51); y Florit Durán (1997).

4 Vázquez (ed.) (1990, p. 90).

5 En Sánchez y Porqueras (1972, p. 328).

6 Véanse también Fothergill-Payne (1996) y Jensen (2004).

7 Para no extenderme aquí en el reflejo de América en la obra del mercedario, remito al lector interesado a los siguientes trabajos: García Blanco (1950), Aguilera (1952), Uriaga (1965), Dellepiane (1968), Andrés (1991), Fernández (1991), Vázquez (1992), Viñas (1994), Bellini (1995, 1998, 2001) y Chierici (2001).

llo de La Mota de Medina del Campo fruto de las intrigas de los partidarios de Almagro. Los otros dos hermanos, Juan y Francisco, también habían muerto. El primero en un lance de guerra en 1536; y el segundo asesinado de una estocada en la garganta en 1541 por los almagristas como represalia por la muerte de su caudillo, auspiciada por Hernando en 1538. Por si esto fuera poco, los Pizarro no salían muy bien parados en algunas crónicas como la de López de Gómara o Fenández de Oviedo. Se había aireado el hecho de que las cuentas guerras civiles entre Almagros y Pizarros fueron el desencadenante de un sinfín de hechos luctuosos y violentos que jalonaron los años sucesivos a la conquista del Perú.

Por el hecho de haber vivido Tirso en Trujillo de 1626 a 1629<sup>1</sup>, una vez que fue nombrado comendador del convento mercedario de la ciudad extremeña, el célebre hispanista Otis H. Green (1936) asoció la génesis de las tres comedias que nombramos habitualmente con el rótulo de *trilogía de los Pizarros* con el contacto que, en su nuevo destino, el fraile pudo haber tenido con la familia Pizarro, hipótesis que se ha venido admitiendo hasta nuestros días<sup>2</sup>. De esta forma, las comedias dedicadas por Tirso a los hermanos Pizarro habrían sido un encargo de los descendientes de éstos, quienes las habrían usado con fines propagandísticos. Es verdad que hay numerosos ejemplos, en el haber de Lope sobre todo, de comedias genealógicas escritas para proclamar la hidalguía de un apellido. Sin descartar tal fin, no parece que éste por sí solo pueda explicar la atención de Tirso por los hechos de los Pizarro. Nancy K. Mayberry (1975, p. 235), M. Gleeson Ó Tuathaigh (1986, p. 65), y Ruiz Ramón (1993, pp. 45-46), han indicado que la trilogía puede leerse atendiendo además a otros factores. Creo que hay que recordar al respecto dos hechos significativos: un año antes de instalarse en Trujillo, el 6 de marzo de 1625, la Junta de Reformación de Costumbres apercibió seriamente al fraile mercedario por sus comedias<sup>3</sup>, lo que puede explicar el hecho de que se inclinara por asuntos más edificantes como los históricos, entre los que el severo y anónimo autor de los *Diálogos de las comedias* (1620) incluye en el quinto de éstos los «descubrimientos de Indias»<sup>4</sup>; y después de abandonar Trujillo, fue nombrado Cronista General de la Orden de la Merced. La atracción de los religiosos por las comedias y su afición por oírlas cuando tenían

oportunidad, se demuestra por el hecho de que la misma Junta de Reformación que había censurado los quehaceres poéticos de Tirso había prohibido el año anterior, 1624, que los religiosos acudieran a los corrales. Pero las prohibiciones sirvieron de poco, porque al finalizar el siglo, el P. Camargo todavía recuerda en su *Discurso teológico sobre los teatros y comedias de este siglo* (1689) que a oír comedias «concorre [...] la mayor parte de la república, de todos los gremios y estados, gente de mucho juicio y temor de Dios, eclesiásticos circunspectos y ejemplares [...]»<sup>5</sup>.

Resulta verosímil, pues, creer que la curiosidad de Tirso reparara en la saga de los Pizarro para componer su trilogía; asimismo no es descabellado que los descendientes del Conquistador brindaran información al mercedario para pergeñar el argumento; incluso que Tirso fuera partidario del restablecimiento de los honores a la familia; pero creo que el *encargo* de limpiar la imagen de una familia no prevaleció sobre la voluntad artística e ideológica del autor. Echando mano de las crónicas del Inca Garcilaso sobre todo, y Agustín de Zárate en menor medida, como ha establecido Dellepiane (1952-1953) con un esmerado cotejo<sup>6</sup>; de la obra de Fernando Pizarro y Orellana *Varones ilustres del Nuevo Mundo, descubridores, conquistadores y pacificadores... de las Indias occidentales*, que, aunque se puso en letra de molde en 1639 (la censura es de 1631), estaba redactada mucho antes, con lo que Tirso bien pudo tener acceso a ella; y de leyendas que pudiera haber escuchado en Trujillo, Tirso compuso las tres comedias sobre las que ahora trataré brevemente.

### Mujeres americanas y españolas en *Hazañas de los Pizarros*

Tirso, a diferencia de Lope o Calderón, conoció *in situ* los nuevos territorios de la Monarquía, ya que permaneció en Santo Domingo de 1616 a 1618, estancia que le ayudó a familiarizarse con la realidad americana que más tarde iría representando en su teatro<sup>7</sup>. No pisó, sin embargo, las tierras peruanas que habían conquistado los Pizarro.

La trilogía de que trato en este artículo se publicó por primera vez en 1635 en la *Quarta parte* de las comedias de Tirso. El orden en que aparecieron impresas, según ha indicado Zugasti (ed. Tirso, 1993, I, p. 45), obedece a

la cronología interna de los hechos (*Todo es dar en una cosa* —último cuarto del XV—; *Amazonas en las Indias* —1540-1548—; y *La lealtad contra la envidia* —1535-1561—; y no al momento en que Tirso compuso las comedias: *Todo es dar en una cosa* y *La lealtad contra la envidia*, primero, entre 1626 y 1629, y finalmente *Amazonas en las Indias*, donde ya se alude, como se verá abajo, al título de Marqués de la Conquista que ha sido otorgado a Juan Fernando Pizarro en 1631. Pero veamos con un poco de detalle cada una de las comedias.

*Todo es dar en una cosa*

Se entenderá mejor el título de la primera comedia si se leen los dos versos que la rematan, ajustados, en otro orden de cosas, a la costumbre de los comediógrafos de entonces de incluir el título en el remate: «Que donde hay valor y dicha / todo es dar en una cosa» (III, vv. 3691-3692)<sup>8</sup>. La obra sorprende porque está dedicada al relato del nacimiento y mocedades de Francisco Pizarro, y toda la acción transcurre en España, más específicamente en Trujillo casi siempre, a finales del siglo XV. En lugar de poetizar las hazañas bélicas del Conquistador, Tirso se fijó en sus orígenes. Como el público de los corrales conocería los hechos del héroe militar, el mercedario quiso encumbrar éstos mostrando las dificultades que había tenido que vencer el protagonista. En la última escena, que se desarrolla en Granada, el conquistador de Perú aparece ante la Reina Católica, a quien llama «Semíramis española», y a la que promete grandes riquezas:

Si otro orbe Colón descubre,  
 en vuestras minas hermosas  
 os hago pleito homenaje  
 de no volver a las costas  
 de España mientras no os diere  
 más oro y plata, más joyas  
 que cuando dueño del mundo  
 triunfó de sus partes Roma (II, vv. 3661-3668).

Por lo que acabo decir, se entiende que no haya lugar en esta comedia para la actuación de personajes femeninos de origen americano. No extraña asimismo, en este contexto, que la obra se inicie con una escena de corte amoroso en que Doña Beatriz y Doña Margarita están leyendo sendos papeles de amor;

al descubrirse la una a la otra piensan que las cartas son obra de la misma mano. El enredo, que tan bien manejaba Tirso, era ardid muy de la estima del público. Del mismo modo, el recurso de las dos hermanas que rivalizan en el amor también fue apreciado por el espectador. Sin duda alguna, tal asunto acrecentaba la suspensión y despertaba el interés de los asistentes a los corrales. La carta que Doña Margarita lee no es de otro sino de Don Álvaro; en ésta se hallan muchos de los tópicos amatorios de la época, con que a buen seguro el espectador estaba de sobra familiarizado, tanto de reminiscencia cortesana como neoplatónica. Al primer grupo correspondería la situación de vasallaje de amor que hace que el remitente se postre ante su amada, a la que llama *señora*; al segundo se refieren las alusiones al enamoramiento a través de la vista y al proceso subsiguiente: «Amor, que en los ojos mora» (I, v. 5). El asunto amoroso se convierte en la primera preocupación de estas damas nobles; más adelante Doña Margarita reconocerá que «Amor es nuestro Dios» (I, v. 210); y su hermana que ella no sabe de filosofías (I, v. 281), cuando Doña Margarita le explica el proceso del amor según las teorías neoplatónicas. Doña Beatriz está más cerca de la carne que de la elucubración platónica. Esa pasión la hace concebir a Francisco Pizarro, hijo natural de Don Gonzalo. Sin embargo, el personaje histórico fue, según Gómara en su *Historia de las Indias*, hijo natural de Gonzalo Pizarro *el largo* y de una doncella llamada Francisca González. En la sociedad de la época de Tirso debió de haber un porcentaje considerable de hijos ilegítimos. Pero el hecho de que fuera una realidad social no significaba que tal origen no avergonzara a una familia y le quitara lustre. Gómara relata asimismo que Francisco Pizarro fue abandonado en la puerta de la iglesia y amantado por una marrana. Tirso se hizo eco del relato legendario del cronista, pero por razones obvias substituyó la cerdita por una cabra, leyenda a la que también alude el *Persiles* cervantino. El parentesco del héroe con Rómulo y Remo, alimentados en su niñez por una loba, sitúa a éste en la órbita de los mitos clásicos que, huérfanos, son cobijados por la Naturaleza, una especie de prueba de fuego que solo quienes están predestinados a las más grandes hazañas pueden superar<sup>9</sup>. En la comedia, el mercedario inventa el personaje de Doña Beatriz Cabezas como madre de Pizarro, que explica a éste su nacimiento:



Francisco Pizarro.

8 Cito siempre por la edición de Jesús Cañas (ed. Tirso, 1993), indicando tan solo acto y versos.

9 Véase, para el simbolismo del nacimiento de Pizarro, Mayberry (1975).

El algodón y la seda: mujeres americanas y españolas en *Hazañas de los Pizarros* de Tirso

JOSÉ MARÍA FERRI COLL



Fachada del Castillo de La Mota.

Naciste, en fin, en los brazos  
de la fortuna, y convino  
fiarte de sus mudanzas  
permitiéndote a su arbitrio,  
por no fiarte a tu agüelo,  
y, envuelto entre los armiños  
de un rebozo, que la noche  
más que el discurso previno,  
el cóncavo y duro tronco  
de una encina fue, Francisco,  
sucesor de mis entrañas,  
puesto que áspero, benigno  
(II, vv. 2324-2335).

La historia inventada por Tirso hace a Pizarro hijo ilegítimo de una mujer noble, quien por miedo a la ira de su padre abandona al bebé recién nacido. Parece en este acto que la única responsable —«la pena de mi delito», confiesa Doña Beatriz a su hijo (II, v. 2235)— sea la mujer, y desde luego que solo ella deba sentir vergüenza: «Vos sois noble, mujer yo» (I, v. 124), dice Doña Beatriz a su padre, sin que éste la haya reconocido, en el momento de indicarle dónde puede hallar al niño. Más adelante redunda en el contraste mujer / varón dirigiéndose a Don Gonzalo: «Vos, Gonzalo, al fin sois hombre» (II, v. 1504). A su amado lo idolatra situándolo en la cima de las cualidades del varón:

El Aquiles de los hombres,  
el Paris de las mujeres  
(I, vv. 361-362).

Valor guerrero y galantería cortesana: síntesis de cualidades que debía reunir el caballero renacentista. Frente a tales dones, se hace más relevante la debilidad de la mujer, que se manifiesta tanto en la ligereza con que Doña Beatriz se ha entregado a Don Gonzalo, como en la inconstancia en el amor, rasgo que suele afejar la condición femenina, como recuerda un Don Álvaro que se cree despedido: «Y entre desengaños veo / lo que las mujeres son» (I, vv. 329-330). En un momento importante de la obra, cuando Doña Beatriz confiesa a su hijo cuál ha sido su verdadero origen, Tirso aprovechó para recordar a los espectadores cómo Doña Beatriz, huérfana de madre, había sido embebecada por Don Gonzalo (II, vv. 2128 y ss.) y cómo el padre de la dama había descuidado su obligación de casarla —ironía que recuerda mucho a la que gastó Fernando de Rojas a cuenta de los padres de Melibea—:

Conformidad de deseos,  
correspondencia de signos,  
igualdad florida de años,  
comunicación de niños,  
juntándose al ocasión  
y añadiéndose artificios,  
¿qué murallas combatieran  
que les negase portillos?  
Obligáronme asistencias,  
engañáronme suspiros,  
inclináronme papeles  
y dispusiéronme olvidos  
de mi padre en darme estado,  
que muchas veces ha sido  
la tardanza en el remedio  
de los descuidos castigo  
(II, vv. 2192-2207).

El contraste con este ambiente nobiliario viene marcado por la presencia de la pastora Pulida, ajena a cualquier convención amorosa que no sea la sexual y reproductiva. Tirso introdujo el personaje con clara intención cómica haciéndolo expresarse en sayagués para recalcar la diferencia social y cultural respecto de Doña Margarita y Doña Beatriz. Para que la comparación sea más fácil de entender por el público, Tirso hizo aparecer embarazada a la pastora:

Luego ha de ser escribén [‘escribano’]  
quien mis tripas trae revueltas.  
Desque preñada me siento



se me antoja levantar  
testimuiños [‘testimonios’] y arañar  
cuanto topo; en todo miento,  
y en cualquiera falsedad,  
si se conciertan conmigo,  
a cuantos lo dudan digo:  
yo doy fe de que es verdad.  
Un proceso sé esconder  
un mes por menos de un cuarto:  
si es tramposo antes del parto,  
después de él ¿qué vendrá a ser?  
(I, vv. 646-659).

### Amazonas en las Indias

Muy diferente es la presencia femenina en esta obra, dado que la acción transcurre en América, aproximadamente desde 1540 hasta 1548. La primera fecha viene asociada a la expedición emprendida por Gonzalo Pizarro y su lugarteniente Francisco de Carvajal al país de la canela en busca de El Dorado. La última se refiere al momento del ajusticiamiento de Gonzalo a manos de Pedro de la Gasca por haber infringido las Nuevas Leyes de Indias.

El título elegido por Tirso sobresalta al lector: ¿qué papel desempeñan las míticas Amazonas en una obra destinada a narrar las proezas de los Pizarro? Es cierto que Lope había publicado en la *Décimosexta parte* (1621) de sus comedias *Las mujeres sin hombres*, pero en el caso del Fénix sobresale la leyenda amazónica frente al asunto histórico que ocupa a Tirso. Al sabio chileno José Toribio Medina no le gustó en absoluto la licencia poética adoptada por el mercedario. Creía que esta obra era la más disparatada de la trilogía (1915, p. 42). Más indulgentes han sido otros críticos como Green (1936, p. 225), Aurelio Miró Quesada (1940, pp. 65-67; 1948, p. 158 y pp. 166-167) y V. de Pedro (1954, p. 145), quienes han interpretado con acierto la presencia de estos seres como una forma de poner de relieve los rasgos telúricos del nuevo continente. La propia Menalipe recuerda que su especie atesora la esencia de los valores prístinos y arcádicos: «No pierdan nuestros días / la integridad antigua [...]» (I, vv. 4-5). Actúan estas mujeres a modo de oráculo anunciando la fatalidad que acompaña al protagonista de esta comedia, Gonzalo Pizarro. Con razón Carvajal se extraña de que Martesia hable español y demuestre en su discurso un conocimiento singular de la cultura occidental, hecho que la amazona justifica

por su condición de oráculo (I, vv. 115-117). Menalipe y Martesia además inician un cortejo amoroso, tan del gusto de Tirso, con Gonzalo y Carvajal respectivamente. Por ellos están dispuestas a desoír la ley que les prohíbe casarse o enamorarse. Mientras que el maestre de campo desdén a Martesia, Gonzalo promete a Menalipe que volverá para casarse con ella al tiempo que ve en ésta un compendio de cualidades atribuidas tradicionalmente a varones (sabiduría y gallardía) y a mujeres (belleza): ¡Discreta, hermosa, valiente: / y todo en una mujer! (I, vv. 717-718). En este momento, el espectador conoce de boca de la amazona el destino negativo que aguarda al héroe:

Pues si mi vida deseas  
escucha avisos: no creas  
los que lleguen a adularte  
porque hallarás infinitos  
que tus dádivas disfruten  
y en el peligro te imputen  
sus traiciones a delitos  
(I, vv. 688-694).

Y al despedirse Menalipe de Gonzalo, le dice:

¡Adiós, mi español!  
¡Ah cielos! ¡Ah eterno sol,  
desmiente males que temo!  
(I, vv. 724-726).

El mestizaje entre las Amazonas y los guerreros españoles, venía a ser una apuesta por el ayuntamiento entre las fuerzas de la naturaleza americana y el valor marcial español. De paso Tirso aprovechó para airear las cualidades cortesanas de Pizarro, gracias a cuyo concurso el guerrero español era capaz tanto de conquistar la voluntad de las damas nobles españolas, como el corazón de las guerreras americanas, ajenas a todo protocolo amoroso. Reconoce el español que «aquí Naturaleza / el orden ha alterado» (I, vv. 44-45), sin duda comparando a las Amazonas con las damas españolas. La leyenda de las Amazonas se había relacionado desde antiguo con la idea de la abundancia, de la que Tirso se hace sobrado



Rubens, *El combate de las Amazonas* (c. 1619, Alte Pinakothek, Múnich).



Tirso de Molina.

10  
*La prudencia en la mujer*, Madrid, Editora Nacional, 1962, I, vv. 158-173.

eco en su comedia. En relatos antiguos, como el del historiador griego Diodoro de Sicilia, las Amazonas aparecen como asesinas de sus maridos, y únicamente vencibles por la fuerza del amor. Colón, a su llegada a las Antillas, identificó las islas Varón y Mujer como Carib y Matinino, y los sucesivos conquistadores, exploradores y viajeros que fueron desembarcando en América en los años posteriores al descubrimiento alimentaron el tópico. Gaspar de Carvajal dejó escrita una *Relación* en que da cuenta de los descubrimientos del capitán Orellana, quien había formado parte de la expedición dirigida por Gonzalo Pizarro. Y según el relato de Carvajal habría sido Orellana quien se habría adentrado en el territorio de las Amazonas. Pero estas noticias no fueron tenidas en cuenta por Tirso, que quería presentar como personaje principal a Gonzalo Pizarro. De ahí que el encuentro con las mujeres guerreras sea protagonizado por Gonzalo y no por Orellana. Es verdad que Tirso no negó completamente la bizarría a la mujer española, pero nunca fue presentada ésta como cualidad general sino más bien como excepción propia de mujeres de la más elevada estirpe, como es el caso de la reina Doña María en *La prudencia en la mujer*, que contesta airada a los nobles castellanos que quieren tomarla como esposa recién muerto el rey:

Intentad guerras civiles,  
 sacad gentes en campaña.  
 Vuestra deslealtad pregonen  
 contra vuestro Rey las cajas;  
 que aunque mujer, yo sabré,  
 en vez de las tocas largas  
 y el negro monjil, vestirme  
 el arnés y la celada.  
 Infanta soy de León;  
 salgan traidores a caza  
 del hijo de una leona,  
 que el reino ha puesto en su guarda;  
 veréis si en vez de la aguja,  
 sabrá ejercitar la espada,  
 y abatir lienzos de muros  
 quien labra lienzos de Holanda<sup>10</sup>.

El fondo político de *Amazonas en las Indias* radica en la presentación de los hechos que llevaron al ajusticiamiento de Gonzalo. Tirso cambió el interés crematístico del protagonista por el deseo de éste de evangelizar a los indios, quienes, si quedaran libres de las encomiendas españolas, abandonarían el culto cristiano:

Nuestra ley, cuyos principios  
 saben los indios apenas,  
 ¿podrá en ellos ser durable  
 si en su libertad los dejan?  
 (III, vv. 2356-2359).

Los versos anteriores constituyen el principal argumento que emplea Carvajal para convencer a Gonzalo de que se subleve contra las nuevas leyes. Tirso carga las tintas en el hecho de que Pizarro actuó mal aconsejado, según había augurado Menalipe, pero de buena fe. Al mismo tiempo llegó a oídos de Gonzalo la noticia de que su sobrina, Francisca Pizarro, se hallaba presa en Lima, un nuevo argumento con que Tirso justifica el levantamiento en armas de Gonzalo. Tras su derrota en Jaquijahuana (1548), Pizarro fue declarado culpable de traición y degollado, hechos que Tirso moduló considerablemente. El mercenario discrepa así de la mayoría de los cronistas, quienes habían relatado los hechos muy de otra manera. Tirso perseveró en mostrar al espectador la vida retirada de Gonzalo en su encomienda de Las Charcas, tras regresar de su expedición amazónica, y la lealtad al rey hasta el punto de que renuncia a ejercer su derecho de suceder a su hermano Francisco en la gobernación de Perú por deseo de éste. Pero las intenciones de Carlos V eran muy diferentes: acababa de enviar a Núñez Vela, el primer Virrey del Perú, a quien el monarca había encargado que aplicara las nuevas leyes. Se puede, en este punto, volver a leer entre líneas los argumentos de Tirso: las obras de los Pizarro legitiman a éstos para gobernar las tierras que ellos han conquistado. Al final de la comedia, las Amazonas vuelven a intervenir para anunciar un hecho contemporáneo a Tirso. Martesía barrunta la restauración del título de Marqués de la Conquista:

Fernando, su hermano heroico,  
 puesto que preso en España,  
 dará a sus reyes un nieto  
 que vuelva a resucitarla.  
 Al marqués de la Conquista  
 vuestra Estremadura aguarda,  
 luz del crédito español,  
 nuevo Alejandro en las armas  
 (III, vv. 3236-3243).

Y ese descendiente no es otro que don Juan Fernando Pizarro, nieto de Hernando, a quien Tirso había conocido en Trujillo y

El algodón y la seda: mujeres americanas y españolas en *Hazañas de los Pizarros* de Tirso

JOSÉ MARÍA FERRI COLL

quien, finalmente, ostentó el título de marqués de la Conquista por Real Cédula de Felipe IV en 1630.

### *La lealtad contra la envidia*

La última comedia de la trilogía presenta acciones que ocurren en España y Perú en diferentes momentos cronológicos a partir de 1534, año en que Hernando, único hijo legítimo, como ya se ha dicho, y ejemplo de hidalgo para Tirso, regresó del Perú. En el acto III, el protagonista está de vuelta en Cuzco para participar en la revuelta de Manco II (1536-1537). Hernando, Gonzalo, y otro de los hermanos Pizarro, Juan, que muere en el asalto, se niegan a rendirse ante los indios. En desigual batalla, Tirso echó mano del apóstol Santiago que como *deus ex machina* bajó de una nube en auxilio de los españoles despertando el pánico entre los incas. En un diálogo entre Hernando y Gonzalo, Tirso vuelve a insistir en el valor de las obras. Concluye la comedia relatando el alzamiento de Gonzalo y la muerte del virrey Núñez Vela en 1546 en la batalla de Añaquito. Hernando, entonces, se desmarca de su hermano renegando de él. Tiene ocasión de huir de su celda, pero no lo hace para demostrar que es inocente de los cargos que se le imputan. Felipe II decidió liberar de la prisión a Hernando en 1561 y restituirle su hacienda. Se deja ver una posible boda entre éste y su sobrina, hija de Francisco. Sabemos que fue precisamente esta mujer quien entregó bienes propios para la fundación del convento de la Orden de la Merced en Trujillo, hecho que unía aún más a la congregación con la familia Pizarro. La realidad fue que, tras la muerte de Diego de Almagro, se inició una salvaje guerra civil que asoló el Perú. Tirso achacó a los defensores de Almagro el haber confabulado contra Pizarro para conseguir su encarcelamiento en el castillo de La Mota, una especie de Bastilla española en aquel tiempo.

Se vuelve de nuevo a las escenas amoratorias de que se habló en la primera de las comedias de la trilogía. En este caso, los celos proceden de Doña Francisca y Doña Isabel. La primera de las damas citadas retrata a Pizarro como el perfecto cortesano:

Consideré su valor,  
y que, Alejandro segundo,  
conquistando un nuevo mundo

se le dio a su emperador.

[...]  
¿qué hará, pues, mi libertad  
si esta tarde llego a verle  
aplaudido de las damas,  
envidiado de los nobles,  
añadir con suertes dobles  
dicha a dichas, fama a famas?  
De todo el pueblo querido,  
de la fortuna amparado,  
de la plaza celebrado,  
de los cobardes temido  
(I, vv. 931 y ss.).



Plaza Mayor de Trujillo.

La novedad, sin embargo, sobreviene en el acto II, al salir a escena la india Guaica, que ha servido a un español, por lo que es verosímil su conocimiento de la lengua de Castilla. Tirso retrató a esta nativa como mujer astuta que sabe muy bien domeñar a los españoles. El soldado Castillo da fe de la fama de rijosos que habían cosechado los ejércitos españoles enviados a América, y se maravilla de que Guaica, habiendo tenido trato con un español, mantenga intacta su virginidad («¿Uno [un señor español] y doncella? Es engaño» (II, v. 1952). Pero más poder que el sexo ejerció en el invasor la avaricia. En una escena magnífica, Tirso ofrece al espectador el ardid con que la india logra engañar a Castillo, quien pretende forzarla. Desistió el español de su primer deseo convencido por la india de que ésta le iba a entregar un tesoro escondido en un pozo. Cuando el soldado se asomó a éste para comprobar el valor de su nueva posesión, Guaica lo empujó violentamente, y así logró zafarse de él. Se pone de manifiesto en esta anécdota «que el ingenio en la mujer / suple las armas y el brío» (II, vv. 2036-2037).

La india Piurisa, sin embargo, representa la gallardía masculina, dato que Tirso recalca con el adjetivo «bizarra» aplicado a ella y haciéndola portadora de una lanza. Confiesa ella que «[...] contra España / yo sola bastante soy» (II, vv. 2635-2636). Compárese con la actitud de Doña Francisca, que se siente inerme sin la presencia de Pizarro: «Vos ausente y yo mujer» (III, v. 3157).

### **A modo de conclusión**

El patrón de dama noble, cuya única misión en la vida es satisfacer el deseo de su padre de casarla según su conveniencia es respetado por Tirso. Incluso Doña Beatriz



Francisco Pizarro.



Gonzalo Pizarro.

afea a su padre el descuido con que éste había abordado ese asunto. Desde luego, el mercedario manejaba a la perfección los enredos amorosos y conocía al dedillo las convenciones que la literatura de su época había establecido: los papeles mediante los que los amantes se comunicaban, el enamoramiento según el protocolo fijado por las teorías neoplatónicas, la melancolía de amor, la inconstancia de la mujer, la lucha entre la pasión y la pureza, y un sinfín de lugares comunes que el espectador conocía de sobra. La presencia de mujeres independientes, belicosas, autosuficientes, se presenta siempre como propio de los confines de la civilización, pues que el Reino de las Amazonas no se hallaba radicado ni siquiera en los lugares que los españoles habían conquistado en América, ni en donde éstos se habían establecido fundando ciudades y dando leyes a sus pobladores con que organizar la vida colectiva emulando los usos europeos. Sin embargo, estas mujeres armadas que no temen al enemigo por muy feroz que éste sea, sucumben igual que las damas españolas cuando de amor se trata. Libres de las convenciones cortesanas que están obligadas a respetar Doña Beatriz o Doña Margarita, por ejemplo, las amazonas son capaces de entregarse a los guerreros españoles, de quienes admiran su fiereza en el campo de batalla. No convenía, sin embargo, a los propósitos de Tirso que tal unión se produjera, porque podría haber empañado la biografía del protagonista, que el mercedario tuvo que ennoblecer más de una vez, apartándose de los cronistas y amparándose en su bondadosa imaginación. No se presenta, pues, alternativa verosímil al modelo de dama noble, porque las amazonas quedan fuera de cualquier organización social, confinadas en los márgenes de la civilización, y situadas más cerca de la leyenda que de la historia. Por lo que hace a la presentación de mujeres nativas, Tirso ofrece pocos ejemplos en la trilogía. Los casos de las indias Guaica y Piurisa simbolizan modelos de mujeres que, o bien con el ingenio o bien con las armas, son capaces de valerse por sí mismas. Frente al ocio y seguridad de que gozaban las damas nobles españolas gracias a la protección de los varones de quienes dependían, la mujer india debe protegerse a sí misma, hecho que Tirso dibuja como signo de una organización social más endeble y arcaica que la europea.

## Bibliografía citada

- Abraham, J. (1996), «The Other Speaks: Tirso de Molina's *Amazonas en las Indias*», en *El arte nuevo de estudiar comedias: Literary Theory and Spanish Golden Age Drama*, ed. B. Simerka, Londres, Bucknell University Press, pp. 143-161.
- Aguilera, M. (1952), *América en los autores españoles del Siglo de Oro*, Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.
- Andrés, C. (1991), *Visión de los Pizarros, de la conquista del Perú y de los indios en el teatro de Tirso de Molina*, Kassel, Reichenberger.
- Bellini, G. (1995), «L'America nella Trilogia dei Pizarro di Tirso de Molina», en *La festa teatrale hispanica*, ed. G. B. de Cesare, Nápoles, Istituto Universitario Orientale, pp. 45-70.
- (1998), «Lope y Tirso: dos momentos de la presencia de América en el teatro español del Siglo de Oro», en *Théâtre, public, société*, ed. D. Meyran, A. Ortiz y F. Sureda, Perpignan, Presses Universitaires de Perpignan, pp. 31-42.
- (2001), *Re, dame e cavalieri rustici, santi e delinquenti: studi sul teatro spagnolo e americano del Secolo Aureo*, Roma, Bulzoni.
- Chierici, L. (2001), «Tirso y los conquistadores: Viejo y Nuevo Mundo en la Trilogía de los Pizarro», en *Tirso de Molina: Textos e Intertextos*, ed. L. Dolfi y E. Galar, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsonianos, pp. 179-214.
- Dellepiane, A. B. (1952-53), «Ficción e historia en la trilogía de los Pizarros de Tirso», *Filología*, IV, pp. 49-168.
- (1968), *Presencia de América en la obra de Tirso de Molina*, Madrid, Revista Estudios.
- Fernández, T. (1991), «La imaginación americana en el teatro de Tirso de Molina», *Edad de Oro*, X, pp. 87-95.
- Ferri Coll, J. M. (2010), «La Trilogía de las Pizarros de Tirso de Molina», en J. M. Ferri y J. C. Rovira (eds.), *Parnaso de dos mundos. De literatura española e hispanoamericana en el Siglo de Oro*, Madrid-Frankfurt, Iberoamericana-Vervuert, pp. 305-329.
- Florit Durán, F. (1997), «El teatro de Tirso de Molina tras el episodio de la Junta de reformación», en *La década de oro de la*



- comedia española 1630-1640. *Actas de las XIX Jornadas de Teatro Clásico, Almagro*, ed. F. Pedraza Jiménez y R. González Cañal, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha-Festival de Almagro, pp. 85-102.
- Fothergill-Payne, L. (1996), «The Pizarro Trilogy and the Question of History: from *Ars historica* to New Historicism and Beyond», en *Tirso de Molina: His Originality Then and Now*, ed. H. W. Sullivan y R. A. Galoppe, Ottawa, Ottawa Hispanic Studies, pp. 187-205.
- Franco, Á. (1954), *El tema de América en los autores españoles del Siglo de Oro*, Madrid, Nueva Imprenta Radio.
- García Blanco, M. (1950), «Tirso de Molina y América», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 17, pp. 243-258.
- Gleeson Ó Tuathaigh, M., «Tirso's Pizarro Trilogy: a Case of Sycophancy or Lese-Majesty?», *Bulletin of the Comediantes*, 38, 1, 1986, pp. 63-82.
- González Palencia, Á. (1946), «Quevedo, Tirso y las comedias ante la Junta de Re-formación», *Boletín de la Real Academia Española*, 25, pp. 43-84.
- Green, O. H. (1936), «Notes on the Pizarro Trilogy of Tirso de Molina», *Hispanic Review*, IV, 3, pp. 201-225.
- Hermenegildo, A. (1994), «Funciones dramáticas del personaje ancilar: *Todo es dar en una cosa* de Tirso de Molina», en *El gracioso en el teatro español del Siglo de Oro*, *Críticón*, 60, pp. 77-92.
- Jensen, J. (2004), «Historicidad e hibridación en Amazonas en las Indias», en *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, II, ed. I. Lerner et alii, Newark (Delaware), Juan de la Cuesta, pp. 299-309.
- Mayberry, N. K. (1975), «Tirso's use of myths and symbols in Part I of the Pizarro Trilogy», *Kentucky Romance Quartely*, 22, pp. 235-245.
- (1977), «The Role of the Warrior Women en Amazonas en las Indias», *Bulletin of the Comediantes*, 29, pp. 38-44.
- Medina, J. T. (1915), «Prólogo» a *Dos comedias famosas y un auto sacramental*, 2 vols., Santiago-Valparaíso, Imprenta Barcelona, I, pp. 5-149.
- Minián de Alfie, R. (1993), «Las mujeres indias en la *Trilogía de los Pizarros* en Tirso de Molina», en *Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas «España en América y América en España»*, II, ed. L. Martínez Cuitiño y É. Lois, Buenos Aires, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso, pp. 687-693.
- Miró Quesada, A. (1940), «Gonzalo Pizarro en el teatro de Tirso de Molina», *Revista de las Indias*, 14, pp. 41-67.
- (1948), *Cervantes, Tirso y el Perú*, Lima, Huascarán [pp. 117-187 para Tirso].
- Pallarés de Rodríguez Arias, B., «El matrimonio clandestino en la obra de Tirso de Molina», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, X, 2, 1986, pp. 221-234.
- Pedro, V. de (1954), *América en las letras españolas del Siglo de Oro*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- Pizarro y Orellana, F. (1639), *Varones ilustres del Nuevo Mundo, descubridores, conquistadores y pacificadores... de las Indias occidentales*, Madrid, Díaz de la Carrera.
- Ruiz Ramón, F. (ed.) (1993), *América en el teatro clásico español*, Pamplona, Universidad de Navarra [Contiene *Arauco domado*, *La belligera española*, *La conquista de México*, *Las Cortes de la muerte*, y *El Nuevo Mundo descubieto por Cristóbal Colón*].
- Sánchez Escribano, F. y A. Porqueras Mayo (1972), *Preceptiva dramática española del Renacimiento y el Barroco*, Madrid, Gredos.
- Tirso de Molina (1635), *Quarta parte de las comedias del Maestro Tirso de Molina*, recogidas por D. Francisco Lucas de Ávila, Madrid, María de Quiñones, a costa de P. Coello y M. López [ed. moderna dirigida por I. Arellano: en *Obras completas. Cuarta parte de comedias*, II, Madrid-Pamplona, Revista Estudios-GRISO, 2003].
- (1962), *La prudencia en la mujer*, Madrid, Editora Nacional.
- (1993), *Hazañas de los Pizarro (tres comedias)*, ed. J. Cañas Murillo, introd. G. Torres Nebrera, Mérida, Editora Regional de Extremadura.
- (1993), *Trilogía de los Pizarros*, 4 vols., ed. M. Zugasti, Kassel, Reichenberger [el v. 1 contiene bibliografía y estudio de las comedias; los tres restantes ofrecen cada uno de ellos la edición de una de las comedias de la *Trilogía*].

- Urtiaga, A. (1965), *El indiano en la dramática de Tirso de Molina*, Madrid, Revista Estudios.
- (1981), «Formulación del ideal humano en Tirso de Molina», en *Homenaje a Tirso*, Madrid, Revista Estudios.
- Vázquez Fernández, L. (1984), «Los Pizarro, la Merced, el convento de Trujillo (Cáceres) y Tirso», *Estudios*, 146-147, pp. 203-427.
- (ed.) (1990), *Diálogos de las comedias*, *Estudios*, XLVI, 171, pp. 1-106.
  - (1992), «Tirso y América», *Analecta Mercedaria*, XI.
- (1993), *Tirso y los Pizarro: aspectos histórico-documentales*, Kassel, Reichenberger.
- Viñas Mey, C. (1944), «La visión de América en las comedias de Tirso de Molina», *Anuario de Estudios Americanos*, I, pp. 119-122.
- Zugasti, M. (1992), «La imagen de Francisco Pizarro en el teatro áureo: Tirso, Vélez de Guevara, Calderón», en *Las Indias (América) en la literatura del Siglo de Oro. Homenaje a Jesús Cañedo*, ed. de I. Arellano, Kassel, Reichenberger, pp. 127-144.